
Una visión de género respecto de la violencia e inseguridad en el espacio público del barrio

Octubre 2012

Presentación

Texto elaborado por Lylian Mires.

Hombres y mujeres desempeñan distintos roles en nuestras sociedades, lo cual se refleja —entre otros aspectos— en el uso que hacen de los espacios de la ciudad, tanto públicos como privados. Actividades cotidianas o especiales, tales como el uso del transporte y los servicios, hacer deporte, la recreación en plazas y espacios públicos, para mencionar solo algunas, entregan una visión respecto de cómo se organiza la vida de unos y otras. En dichos usos, sin embargo, no es el género la única variable diferenciadora. De hecho, intervienen otras variables que inciden en las diferencias de género, haciéndolas más estrechas o más amplias; entre tales variables tienen especial relevancia el momento del ciclo de vida en que se encuentran las personas o su nivel socioeconómico.

La diferente utilización de los espacios, influenciada por los distintos roles que desempeñan hombres y mujeres, se extiende también a las percepciones sobre el temor. Actualmente se entiende que el miedo al delito trasciende la óptica puramente criminológica, para formar parte de una temática mayor (Warr, 2000),¹ esto es, la percepción de inseguridad. Esta afecta directamente la calidad de vida de las personas, al interferir en aspectos vinculados al desarrollo personal, a situaciones laborales o vinculadas al ocio y entretenimiento, y a la participación ciudadana. De allí que uno de los ámbitos relevantes del análisis de la violencia sea comparar datos objetivos de victimización, por una parte, con la percepción de las personas sobre este hecho, por otra.

Si en la exposición a la violencia puede medirse un mayor o menor grado de vulnerabilidad, esta dimensión —la vulnerabilidad— también es detectable en la percepción de la violencia, donde expresa en lo que las personas hacen (o dejan de hacer) para evitar ser víctimas. La información disponible señala que, por lo general, los principales lugares que la gente evita son algunas calles, plazas y parques y los paraderos de locomoción colectiva. Un alto porcentaje de personas evita, ya sea solo en las noches o siempre, algunas calles de su diario vivir. Tales conductas evidencian cómo la relación de las personas con los espacios públicos está mediada por el temor.

Las estadísticas oficiales dan cuenta de las diferencias entre las manifestaciones de violencia que sufren las mujeres y aquellas de que son víctimas los hombres. Como hemos sostenido, una diferencia fundamental es que, en el caso de las violencias que afectan a las mujeres, existe una amenaza adicional: es aquella que recae sobre sus cuerpos, que arrastra un contenido sexual, y que es traspasada a sus temores. Este punto de partida establece una mirada diferente respecto de las violencias que afectan a ambos sexos y, a la vez, agrega nuevos temas que son específicos de las mujeres.

El presente texto está basado en los resultados del estudio *Uso del espacio público en barrios: una visión de género*,² el cual, más que un cuestionamiento a las propias fuentes de información existentes, se propuso producir información desde el nivel territorial, barrial. Es este un

1 M. Warr, "Fear of crime in the United States: Avenues for research and policy," en D. Duffee (ed.), *Crime and Justice. Measurement and analysis of crime and justice* (Washington D.C.: Office of Justice Programs, 2000).

2 Red Mujer y Hábitat de América Latina, Boletín n.º 46, CHILE – Santiago, 2º Foro Debate: *Uso del espacio público en los barrios: una visión de género (viernes 29 de abril de 2011)*. En <http://www.redmujer.org.ar/boletines/46.html> (versión en caché).

estrato al cual las estadísticas oficiales no siempre llegan, ya sea porque su foco está puesto en la producción de grandes números que sirvan de insumo a políticas públicas de carácter nacional o regional, o por los altos costos que implica la desagregación a escalas territoriales más pequeñas. Ocurre, sin embargo, que es en el barrio donde se expresan con mayor nitidez las percepciones sobre la violencia y el temor, ya que a ese nivel se va diluyendo la influencia de factores exógenos al fenómeno mismo y que actúan como elementos contaminantes. Un ejemplo de ello son los medios de comunicación, cuyo impacto en la percepción del temor en las personas es alto a nivel nacional, pero cuya importancia va bajando a medida que se descende en la escala territorial, haciéndose inversamente proporcional al tamaño de la localidad de referencia. Tal constatación es evidente en los resultados de las encuestas de victimización, en las cuales el temor a ser víctima de violencia va disminuyendo al medirse esa variable a escala del país, de la región, de la comuna y del barrio.

El punto de partida para el estudio de la violencia e inseguridad en el espacio público del barrio con una perspectiva de género es que es ahí donde transcurre la vida de las personas, y que su uso es diferente según sean los roles que desempeñan hombres y mujeres. Es importante indagar, en esta línea, cómo afecta a las personas el lugar en que residen: sea como un factor de equilibrio, o como un factor que inhibe su desarrollo.

En este estudio, la opción es centrarse de manera particular en la forma en que los factores mencionados se dan en el caso de las mujeres, cuya realidad particular suele verse subsumida en las cifras generales; y en sectores sociales vulnerables, que son los expuestos de manera más cruda y menos protegida, a violencias y temores

Actualmente, los datos oficiales y no oficiales sobre la magnitud de la violencia social y urbana y sus efectos en las mujeres son insuficientes, lo que constituye un obstáculo para generar políticas públicas respecto de esta problemática. En este contexto, para el Observatorio Regional “Ciudades, Violencias y Género” —en tanto se considera un referente para la vigilancia de las políticas públicas de género, urbanas, territoriales y de seguridad ciudadana— es importante la producción de nuevos conocimientos que

aporten a las agendas públicas y sociales, particularmente en el ámbito local. También se espera aportar a la construcción de conocimiento en esta materia, de manera que las propias organizaciones de mujeres puedan incorporar este enfoque en sus demandas por un barrio y una ciudad más inclusiva.

Desde esta perspectiva, interesa conocer las diferentes formas de violencia de que son víctimas las mujeres, así como sus principales temores, la identificación de las causas de ambas realidades —violencias y temores— y el surgimiento de propuestas para el empoderamiento y ocupación de los espacios públicos por parte de las mujeres a escala barrial. Se escoge este nivel para el estudio porque, particularmente en los sectores de menores ingresos, el barrio es el territorio donde se manifiestan los anhelos y los temores de mujeres y hombres de distintas edades; y donde se hacen efectivas sus demandas por el derecho al uso del espacio público: calles por donde circular con tranquilidad; plazas y parques donde distraerse y llevar a sus hijos a jugar sin peligros; la parada de la locomoción colectiva para ir a sus lugares de estudio o trabajo. En suma, demandas referidas al desplazamiento a cualquier hora por su entorno, por su barrio, su espacio, sin exponerse a peligros. Es también el barrio el escenario privilegiado para el desarrollo de estrategias de participación ciudadana, en el cual son los y las proponentes quienes actúan para lograr la satisfacción de sus demandas.

La perspectiva de género aplicada a la ciudad significa mucho más que tomar en cuenta a las mujeres y reconocer su existencia: implica detectar y analizar las diferencias entre hombres y mujeres, así como las relaciones de poder entre los géneros. Es una forma distinta de mirar y pensar los procesos sociales, las necesidades y demandas de los habitantes en relación con la planificación de los barrios y de la ciudad misma.

1. Marco general del estudio

Tomando como marco general la producción de información y el conocimiento de las causas de las violencias hacia la mujer, se estimó necesario profundizar el conocimiento general sobre la violencia y la percepción del temor de las mujeres a nivel barrial. Con este propósito, el

Observatorio Regional realizó en 2010 un estudio paralelo en un barrio de cada una de las ciudades donde estaba asentado en ese momento: Bogotá (Colombia), Rosario (Argentina), y Santiago (Chile).

El objetivo general que se planteó el estudio fue en conocer y analizar —en forma comparada en las tres ciudades— las formas de ocupación de los espacios públicos y los principales temores, demandas y propuestas de los habitantes, particularmente de las mujeres, en materia de seguridad. Como objetivo metodológico, se planteó el diseño y prueba de una metodología apropiada para el estudio de la ocupación de los espacios públicos urbanos a nivel barrial desde un enfoque de género.

El estudio tuvo lugar simultáneamente en los siguientes barrios:

- *Barrio Lisboa, Localidad de Suba (Bogotá, Colombia)*. Con origen en un proceso de invasión de tierras iniciado a finales de la década de los ochenta, actualmente es receptor de población desplazada por razones de seguridad.
- *Barrio Hipotecario, Distrito Oeste (Rosario, Argentina)*. Este distrito se caracteriza por la diversidad de su población: barrios antiguos, asentamientos irregulares, y barrios nuevos construidos con diversos fondos nacionales, provinciales y locales.
- *Población Santiago de Nueva Extremadura, Sector El Castillo (La Pintana, Santiago, Chile)*. Barrio surgido como resultado de las erradicaciones masivas de los sectores más pobres de las comunas del Gran Santiago, que tuvieron lugar entre los años 1985 y 1994.

Estos barrios fueron seleccionados entre aquellos en que se desarrolla el Programa Regional “Ciudades sin violencia hacia las mujeres, ciudades seguras para todas y todos”, de ONU Mujeres, implementado por la Red Mujer y Hábitat de América Latina, en Argentina, Colombia y Chile. Los tres sectores elegidos están localizados al interior del casco urbano y son de estrato socioeconómico bajo. Tienen altos índices de pobreza, enfrentan fuertes problemas de inserción laboral y delincuencia común, asociada tanto a la existencia de pandillas juveniles como al microtráfico de drogas, a los que se suman problemáticas de violencia en diferentes ámbitos.

El estudio se inició con un diagnóstico a partir de información secundaria y datos acumulados en el marco del Programa Regional. Con el objetivo de completar el diagnóstico desde una mirada de las instituciones, organizaciones sociales y otros actores de la comunidad, se realizaron entrevistas semiestructuradas a personas clave del entorno: autoridades municipales, coordinadores comunales de seguridad ciudadana, juntas de vecinos, directores o profesores del establecimiento educacional más cercano, directores o personal de servicios de salud, organizaciones de la sociedad civil, etc.

Esta etapa sirvió para obtener una visión global de la índole y la magnitud de los problemas del barrio, así como una comprensión de sus eventuales causas y de los factores de riesgo. Además, permitió identificar las estrategias que tienden a resolver los problemas existentes y los servicios e intervenciones que están en curso, e indagar sobre su eficacia y adecuación. Fue una etapa crucial para el desarrollo del estudio, por cuanto se debió reconstruir la información no escrita sobre cada uno de los barrios.

Para conocer la percepción de la violencia y del temor, así como las demandas, propuestas y estrategias de las mujeres en materia de ocupación de los espacios públicos, se realizaron grupos focales o grupos de discusión, por cada barrio, y con mujeres organizadas y no organizadas. En Santiago fue posible realizar dos grupos adicionales: uno con mujeres del sector socioeconómico alto, y otro con mujeres de un sector socioeconómico medio. Ello ofreció, como un marco de referencia, una aproximación comparativa a las percepciones sobre la violencia y la inseguridad de distintos sectores sociales, a partir de la variable socioeconómica.

Finalmente, se diseñó una encuesta que fue aplicada a una muestra de la población (no solo a mujeres) de los barrios seleccionados, con el fin de conocer los principales nudos de la evolución de las violencias y las percepciones asociadas a ellas, las necesidades percibidas en relación con la prevención situacional, y el papel de la participación ciudadana en la ocupación de los espacios públicos, como temas centrales de investigación. Las preguntas dirigidas a la población fueron similares a las de las encuestas de victimización realizadas anual-

mente en la región, lo que permitió observar y comparar los resultados a un nivel barrial. A la vez, se aplicó un módulo especial a las mujeres que respondieron la encuesta, basado en una encuesta aplicada anteriormente en Rosario,³ para indagar sobre agresiones sexuales que sufren las mujeres en los espacios públicos, independientemente de que sean tipificadas como delitos o no.

La población objetivo de la encuesta fueron los hogares que habitan las viviendas particulares ocupadas y las personas de quince o más años que los componen, entre las cuales fue seleccionada una para responder a la encuesta. Por tratarse de universos pequeños (barrios), cuya característica es la homogeneidad, la muestra no requiere un gran tamaño para representar a la población que habita en ellos. Por tal motivo, se estableció una proporción pequeña de viviendas por barrio en las que se aplicó la encuesta.

Barrio Lisboa, Localidad de Suba, Bogotá

Suba, ubicada al noroccidente de Bogotá, tiene una extensión total de 10.055 hectáreas y cuenta con 981.613 habitantes aproximadamente, 14% del total de la población de Bogotá. Está conformada por 259 barrios agrupados en doce Unidades de Planeación Zonal (UPZ) y una Unidad de Planeación Rural (UPR). El barrio Lisboa pertenece a la Unidad de Planeación Zonal Tibabuyes, que cuenta con un área de 746 hectáreas y una población de 118.647 habitantes. Es un barrio producto de un proceso de invasión iniciado a finales de la década de los ochenta, que en un comienzo fue un inmenso lote en las afueras de la ciudad. El establecimiento de nuevas vías periféricas generó un fuerte impulso a la conformación de barrios en este sector, constituidos principalmente por familias migrantes que fueron estableciéndose bien a través de procesos de invasión colectiva, bien por medio de la compra de lotes no urbanizados, en áreas donde todavía era frecuente encontrar potreros para la producción ganadera. “El barrio se hizo, y luego se planeó; por eso no dejamos espacio ni para las escuelas”, dice una de las pobladoras que llegaron en la primera etapa del proceso. Durante varios años

3 En el marco del Programa “Ciudades Inclusivas y Género”, implementado por CISCESA, / la Red Mujer y Hábitat de América Latina, en la ciudad de Rosario (2009).

la infraestructura social del barrio se limitaba a cuatro teléfonos públicos.

Más allá de la problemática urbanística que aún persiste, el Barrio Lisboa enfrenta fuertes problemas en dos niveles principales: de una parte, la problemática de inserción laboral de una población con bajos niveles de calificación en una economía urbana; de otra, la delincuencia común asociada tanto a la existencia de pandillas juveniles como al microtráfico de drogas, particularmente “bazuco”⁴

Respecto a la violencia de género, existe una fuerte incidencia de violencia al interior de hogar, en la que con mucha frecuencia los victimarios son los compañeros permanentes de las mujeres, y que se expresa en lesiones personales, intimidación, restricción del movimiento y otras patologías sociales frecuentemente asociadas a este tipo de violencia. Otro problema importante es el deficiente acceso a la justicia. De acuerdo con las percepciones de las mujeres entrevistadas, la naturalización de la violencia de género, unida a un bajo nivel de autorreconocimiento de las mujeres como sujetos de derecho, facilita y promueve la persistencia de este fenómeno.

Barrio Hipotecario, Distrito Oeste, Rosario

La ciudad de Rosario cuenta con una población estimada de 909.501 (al 30/06/2003), ocupa una superficie de 178,7 kilómetros cuadrados, de los cuales está urbanizado un total de 117 kilómetros cuadrados. El gobierno de la ciudad de Rosario, gestionado por el Partido Socialista en los últimos dieciocho años, inició un proceso de descentralización en diciembre de 1995, a partir del cual la ciudad se dividió en seis distritos: Norte, Centro, Sur, Sudoeste, Oeste y Noroeste.

El Distrito Oeste representa el 22,45% del total de la superficie del municipio y cuenta con una población de 106.356 habitantes, con una densidad poblacional de 26,45 habitantes por hectárea, estimándose una cantidad

4 El bazuco es una mezcla de cocaína con diferentes productos; la cocaína viene en bajas concentraciones, pero tiene un efecto estimulante muy fuerte y de corta duración. Los adictos a esta combinación tienen un proceso acelerado de degradación personal, similar al que se produce por el consumo de heroína, que con frecuencia conduce a la vinculación con la delincuencia común.

de 31.625 unidades de viviendas. Se caracteriza por una diversidad de población que se expresa en el territorio: en él se encuentran barrios antiguos, asentamientos irregulares, barrios nuevos construidos con diversos fondos nacionales, provinciales y locales. Entre ellos se puede mencionar al barrio Toba, que desde su etnicidad indígena intenta construir una identidad propia dentro del Distrito.

En este distrito se destaca la existencia de numerosas y heterogéneas organizaciones comunitarias, junto con la Red de Mujeres contra la Violencia y el Colectivo de Mujeres por una Ciudad sin Violencia, este último conformado en el marco del Programa Regional “Ciudades sin violencia hacia las mujeres...”

Población Santiago de Nueva Extremadura, comuna de La Pintana, Santiago

La comuna de La Pintana, situada al sur de la ciudad de Santiago, cuenta con más de 200.000 habitantes, según proyecciones de población al año 2012. En su sector suroccidental se encuentra el barrio Santiago de Nueva Extremadura, más conocido como El Castillo. Este sector agrupa un conjunto de barrios o poblaciones de similares características socioeconómicas y demográficas, con altos niveles de violencia, observación que no se sustenta solamente en cifras oficiales, sino también en estudios locales.

Uno de los factores que explican los altos niveles de violencia en la comuna es su nacimiento en un contexto de dictadura militar, periodo en el cual la política pública de vivienda fue la erradicación de los sectores más vulnerables de Santiago hacia las periferias, como una manera de instaurar un nuevo orden urbano y, a la vez, coartar y desarticular los movimientos y las organizaciones de los habitantes de campamentos.⁵ Santiago Nueva Extremadura tuvo su origen en marzo de 1983 con la entrega de 1.441 viviendas sociales, distribuidas en seis poblaciones donde se ubicaron familias provenientes de más de diez campamentos de distintas comunas, principalmente del centro de la ciudad. Un funcionario de la Municipalidad señala: “El barrio nace de una situación de violencia, donde

a la gente la llevaban en un camión a las 4 de la mañana, y las dejaron en un lugar donde serían sus casas, en un lugar vacío (...) yo imagino que un barrio que es creado así genera una situación de violencia permanente en las personas”

En la actualidad, en opinión de los(as) entrevistados(as), los vecinos se sienten vivir en la marginalidad debido a la falta de conectividad de la comuna con la ciudad y a la situación de violencia arraigada a las estructuras del barrio. “La conformación física del barrio es muy violenta, no hay áreas verdes, no hay espacios comunitarios”

Las estadísticas policiales muestran que el indicador más alto de violencia en la comuna incluye las lesiones. La tasa de denuncias en materia de violencia intrafamiliar⁶ en ella es de 872,05 frente a 531,53 en la región Metropolitana. En el caso de las violaciones, delito cometido mayoritariamente contra mujeres y niños/as, La Pintana presenta una tasa ampliamente superior a las de la región Metropolitana y país. Un entrevistado señala que una de las principales problemáticas comunales es los altos niveles de violencia intrafamiliar y abuso sexual, “los que muchas veces no se encuentran reflejados en las estadísticas oficiales, ya que tienen un bajo nivel de denuncia.”⁷

El porcentaje de pobres indigentes en La Pintana (5,94%) casi duplica el promedio de la Región (2,65%), proporción algo mayor en la pobreza no indigente (18,0% a nivel comunal frente a 7,0% a nivel regional).⁸ El sector El Castillo presenta el mayor nivel de pobreza dentro de la comuna (52%) y comparte las mismas limitaciones del resto de sus habitantes: baja escolaridad, deserción escolar, escasa capacitación y muy baja inserción en el mercado del trabajo.

3. Percepción de inseguridad y temor generalizado

La alta inseguridad que sienten los habitantes de los tres barrios mencionados es un común denominador entre

5 Programa de Recuperación de Barrios, Secretaría Regional Metropolitana de Vivienda y Urbanismo, Ilustre Municipalidad de La Pintana, “Santiago Nueva Extremadura. Historias de una población”, agosto 2010.

6 Cantidad de denuncias de delitos de violencia intrafamiliar por cada 100.000 habitantes.

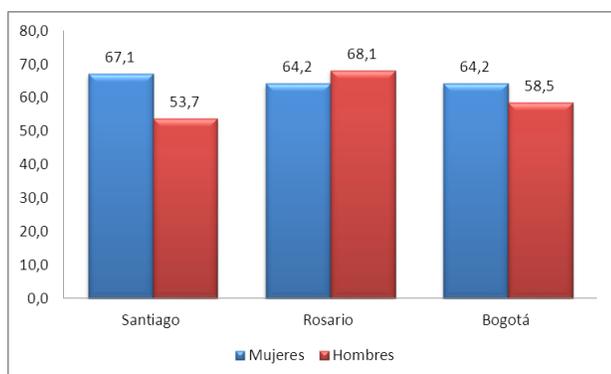
7 Secretaría Comunal de Seguridad Pública, La Pintana.

8 Encuesta de Caracterización Socioeconómica (Casen) 2009.

ellos. Más de la mitad de la población encuestada en el marco del estudio, en promedio, siente su barrio como un lugar inseguro. Como era presumible, se dan diferencias en esta percepción entre la población femenina y la masculina.

En Santiago de Nueva Extremadura, de Santiago, y en el barrio Lisboa, de Bogotá, existe un comportamiento muy similar en relación con la percepción de inseguridad de hombres y mujeres: las mujeres se sienten más inseguras que los hombres en proporciones parecidas. En el barrio Hipotecario de Rosario se da una diferencia respecto de los anteriores: los varones, más que las mujeres, expresan una mayor inseguridad. Ante esta variación, y otras que se señalarán más adelante en relación con el comportamiento de las mujeres habitantes de este barrio, se destaca como un dato importante de tener en cuenta el que en este distrito es muy significativa la cantidad y heterogeneidad de organizaciones comunitarias, lo cual podría explicar algunos comportamientos disímiles de los otros dos barrios en que, aunque existe este tipo de organización, no se ha dado con la intensidad que en Rosario.

Gráfico 1 Inseguridad en el barrio (porcentajes)



Los factores causales que las personas de ambos sexos de los tres barrios atribuyen a la inseguridad en el barrio tienen que ver principalmente con la falta de vigilancia policial. En segundo lugar, aparece la ocupación de algunos lugares por pandillas y grupos peligrosos, seguido —en el mismo orden en los tres barrios— por la presencia de personas que venden o consumen drogas o alcohol en la calle.

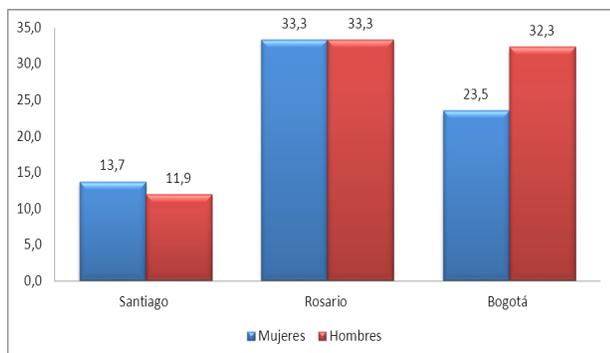
A través del análisis de la información obtenida se constata que las mujeres son las que expresan más el temor a “otros”, personas desconocidas que ocupan el espacio público —eligen como origen del temor las respuestas “ocupación de lugares del barrio por pandillas” y “presencia de personas vendiendo o drogas o alcohol”, lo cual es coherente con el mayor tiempo que permanecen las mujeres en el barrio. La presencia de los “otros”, personas presuntamente hostiles, se transforma en una amenaza al espacio donde transcurre parte importante de su vida cotidiana.

En concordancia con la causa atribuida a la inseguridad, las propuestas para mejorar la seguridad en el barrio van dirigidas mayoritariamente al aumento de la vigilancia policial. A través de esta respuesta, comprobamos cómo ha permeado en la percepción de la población el discurso del paradigma punitivo, que exige “mano dura” y mayor represión frente a las situaciones de violencia. Los hombres se inclinan también, aunque en menor proporción, por desarrollar medidas que permitan aumentar el empleo juvenil, en tanto que las mujeres señalan como otro factor para aumentar la seguridad, el desarrollo de programas para prevenir la violencia en las escuelas.

La respuesta “aumentar el empleo juvenil” es coherente con las investigaciones que establecen una clara relación entre el desempleo juvenil y la violencia. La falta de empleo, la deserción educacional, la desigualdad de oportunidades, la segregación urbana y la falta de espacios de expresión son circunstancias estudiadas por diversos autores que coinciden en señalar que las mismas agravan la violencia juvenil en las ciudades. Asimismo, el fenómeno de la violencia en las escuelas se ha instalado hace ya algún tiempo en el foco de la opinión pública.

La situación que genera mayor preocupación en los barrios de Rosario y de Bogotá es la posibilidad de ser víctima de un delito. Esta respuesta está en consonancia con un hecho destacado por numerosas encuestas en relación, como es que, en general en Latinoamérica, el problema de la seguridad es la primera preocupación de la población, desplazando hoy al desempleo, el cual, hasta hace unos años, era la principal problemática señalada. Se evidencia que el temor al delito se ha transformado en un problema público de primer orden.

Gráfico 2 Principales preocupaciones: ser víctima de un delito (porcentajes)



En el caso del barrio de Santiago, la preocupación por ser víctima de un delito presenta una baja frecuencia en ambos sexos (11,9% de los hombres y 13,7% de las mujeres), siendo desplazada por la preocupación relativa a la pérdida del trabajo. Esta es una inquietud expresada por los hombres, particularmente por los de edad media (de los cuales una amplia mayoría probablemente es jefe de hogar), lo que muestra una diferenciación de roles muy nítida, relativa al papel de proveedor asignado a los varones, y ejercido por ellos. En el caso de los hombres jóvenes, sus preocupaciones giran, al igual que en los de más edad, en torno al trabajo, ya sea conseguir uno (23,8%) o mantener el que tienen (19%). Esta preocupación es menos sentida por las mujeres de Santiago de Nueva Extremadura que por las de los otros dos barrios (Gráfico 3), lo que hace presumir que tenga una relación con un nexo más débil de la mujer chilena con el trabajo remunerado, lo que se refleja en la menor participación femenina en el mercado laboral en Chile, una de las más bajas de América Latina.

Gráfico 3 Principales preocupaciones: perder el trabajo (porcentajes)

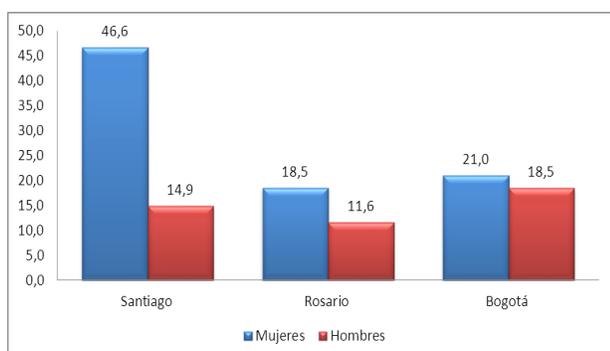
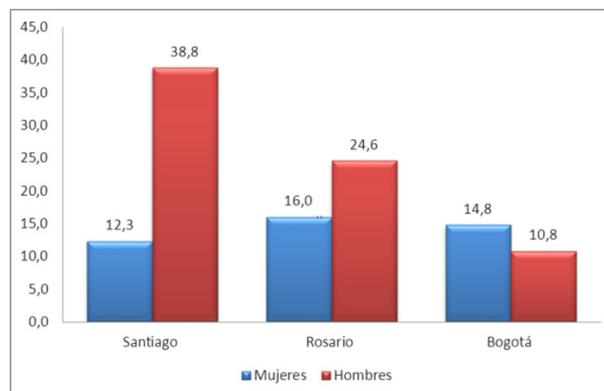


Gráfico 4 Principales preocupaciones: aumento del consumo de drogas (porcentajes)



A pesar de que en Santiago de Nueva Extremadura no se encuentra entre las preocupaciones más importantes el ser víctima de algún delito, este hecho no se contradice con la percepción de que en el barrio existe violencia. Alrededor del 90%, tanto de hombres como de mujeres, considera que existe violencia en su barrio.

Los habitantes de los barrios estudiados en Bogotá y Rosario, luego del temor al delito, se preocupan por el aumento del consumo de drogas, inquietud más fuerte entre mujeres que en los hombres. Sin embargo, la diferencia por sexo es mucho más pronunciada en el barrio de Santiago, donde los registros de las mujeres superan en más del doble aquellos de los otros dos barrios.

La preocupación de las mujeres por el aumento del consumo de drogas en su barrio tiene también una relación estrecha con su rol de prestadora de cuidados a la familia. En la medida en que el consumo de drogas puede afectar a sus hijos e hijas, significa una preocupación central para ellas, lo que se corrobora con la información recopilada a través de grupos focales y entrevistas. Señalan allí que el aumento en el consumo de drogas se asocia fuertemente con la comisión de delitos, además de con otras problemáticas sociales, como la deserción escolar.

La inseguridad que los habitantes del barrio perciben en los espacios públicos afecta a todas las personas, sin distinción de sexo ni edad; sin embargo, las mujeres, independientemente de su edad, son las más afectadas, por cuanto —como hemos dicho— su vida transcurre más en el espacio del barrio que la de los hombres. Es interesan-

te destacar aquí que el equipo del Programa Regional en Rosario realizó un recorrido por la ciudad con las mujeres del Distrito Oeste (zona a la que pertenece el barrio Hipotecario) y a partir de ese recorrido se constató que muchas de ellas nunca habían salido de su barrio.

Para aquellas que se dedican a los quehaceres del hogar, el barrio es el lugar donde transcurre toda su vida, día a día; para las que trabajan remuneradamente, el barrio es el lugar desde donde parten temprano, dejan a sus hijos e hijas al cuidado generalmente de otras personas, y luego, ya tarde, regresan a hacerse cargo del trabajo no remunerado del hogar. Tanto para unas como para otras, es el referente en el cual se desenvuelven, cuyo espacio deben obligatoriamente utilizar, de una manera o de otra. Siendo ese el principal espacio público en que se desenvuelven, del tipo de relación que pueden establecer con él depende su desarrollo más allá del mundo privado, su autonomía, la construcción de su presente y su futuro. Pero ante la inseguridad que significa para las mujeres el uso de determinados espacios de su barrio, la antedicha posibilidad de desarrollo se desmorona ante la realidad que muestra que, por el contrario, el barrio está cumpliendo un papel inhibitor de sus vidas.

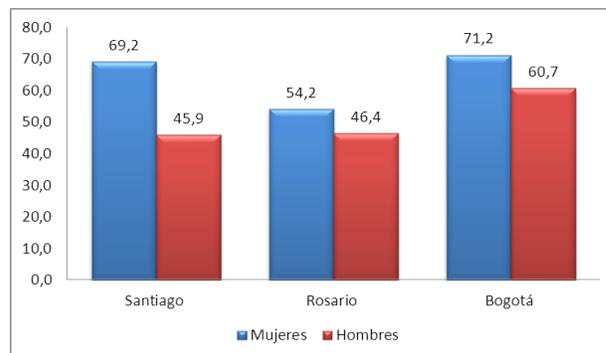
4. Violencia y disminución de la calidad de vida

Las mujeres, más que los varones, perciben que hay violencia en el barrio y se sienten más afectadas por ella en su calidad de vida (Gráfico 5). Sienten que esa realidad ha impactado sobre sus posibilidades de desarrollo y autonomía, ya que las ha llevado a tener que tomar decisiones como dejar de trabajar o estudiar. Asimismo, impacta en la sociabilidad de su vida cotidiana: las lleva a no salir a visitar a familiares o amigos/as, a no encontrarse con otros/as, a restringir los espacios de recreación, etc.

Las mujeres afirman que la violencia restringe su derecho a vivir libremente en el espacio público; a circular, permanecer y disfrutar el barrio y la ciudad. Algunas sienten que deben sobreponerse al miedo para salir a trabajar. La violencia y el miedo a ser violentadas en los espacios públicos, las llevan a modificar sus vidas cotidianas, sus recorridos y su manera de transitar por el barrio. Rehuir ciertos

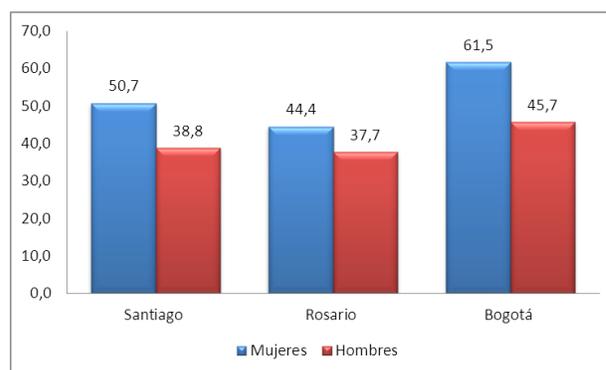
lugares, no salir sola, no llevar cartera o bolso, son algunas de las cosas que hacen para evitar robos y asaltos.

Gráfico 5 Personas a quienes les afecta la violencia en su calidad de vida (porcentajes)



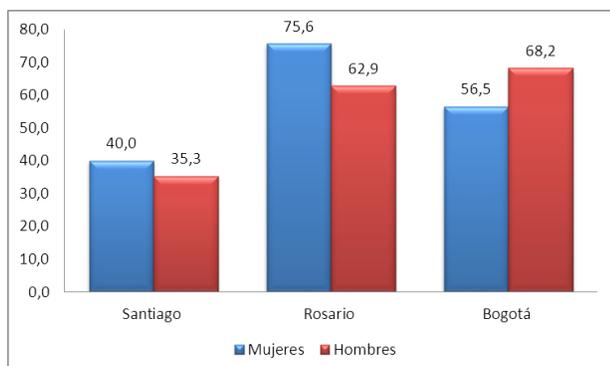
La amenaza sobre su entorno hace que las mujeres vivan más atemorizadas, lo que se observa en el hecho de que ellas, en mayor proporción que los varones, creen que serán víctimas de un delito en los próximos doce meses (Gráfico 6). Este mayor temor a la violencia y al delito se potencia en las mujeres por ser, además, víctimas de delitos o agresiones sexuales, según fue registrado en las entrevistas y grupos focales realizados en las tres ciudades.

Gráfico 6 ¿Cree que será víctima de un delito en los próximos 12 meses? (porcentajes)



En general, los habitantes de los barrios estudiados se sienten amenazados mientras transitan por ellos, ya sea para movilizarse a su lugar de trabajo o estudio, hacer compras, trámites de cualquier especie, hacer vida social u otra actividad de esparcimiento que es parte de la vida de las personas.

Gráfico 7 De qué delito cree que será víctima: asalto en la calle (porcentajes)



Las mujeres se sienten más propensas a sufrir un asalto en la calle y a ser víctimas de delito de robo en la vivienda, a la vez que se sienten inseguras en el transporte público, en las paradas de colectivo, en lugares donde no hay iluminación, en las plazas y espacios abiertos en las horas de la noche, en los asentamientos irregulares, en las zonas aledañas a las vías del tren, los puentes, las áreas industriales y lugares desolados.

Tabla 1. ¿Se siente seguro(a) caminando por su barrio cuando está oscuro? (porcentajes)

	Bogotá		Rosario		Santiago	
	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre
Muy seguro(a)	0,0	1,5	7,8	3,4	3,0	9,0
Seguro(a)	17,3	23,1	20,3	32,2	22,0	30,0
Inseguro(a)	82,7	75,4	71,9	64,4	75,0	61,0

Las plazas y parques de un barrio son los lugares en que la población hace vida comunitaria, donde niños y niñas pueden jugar, los(as) adultos(as) mayores socializan, los jóvenes se reúnen, las familias pueden tener un lugar de recreación. No obstante, la percepción de inseguridad en estos lugares durante el día es compartida por más de un tercio de la población encuestada de los barrios estudiados. En la noche, un porcentaje muy alto, sin distinción de sexo aunque más alto entre las mujeres, considera su barrio inseguro, lo que indica que está cumpliendo un papel inhibitor de su vida.

5. Violencias hacia las mujeres

La encuesta aplicada en los hogares de los tres barrios en estudio incluía un apartado específico de preguntas dirigidas solo a las mujeres. Ellas tenían por objetivo indagar con mayor detalle las maneras particulares en que se expresa la violencia de género, las conductas de las mujeres frente a estas agresiones y las respuestas de las autoridades.

En primer lugar, hay que destacar que las respuestas de las mujeres ante las violencias sexuales sufridas, son muy similares en los tres barrios. La agresión verbal y las miradas libidinosas son los tipos de violencia más percibidos por las mujeres. En relación con los momentos del día en que experimentaron esa violencia, la mayoría refiere que se dieron durante el día; y respecto de los lugares donde experimentaron los distintos tipos de violencia, apuntaron a los lugares públicos, mayoritariamente la calle, la plaza o el transporte, cuestionando (o relativizando) así el mito de que solo la noche es peligrosa o el principal factor que contribuye a las violencias.

En muchos casos, la reacción de las mujeres violentadas o acosadas sexualmente fue confrontar al agresor. En muy pocos casos hicieron la denuncia a la policía, coincidiendo en que la razón principal para no hacerlo es la consideración de que las ofensas no son tan graves como para denunciarlas ante las autoridades. A ello agregan que los procesos de denuncia y las acciones posteriores para que la ofensa sea querellable implican demasiados trámites y tiempo, lo cual lo vuelve demasiado complicado. Estas respuestas entregan importante información sobre la forma en que las mujeres han “naturalizado” las agresiones dirigidas hacia ellas. Algunas participantes de los grupos focales identificaron situaciones en el espacio público en que los varones gritan groserías, o frases intimidantes, pero marcan tales ocasiones como “naturales” y más “leves” en relación con el manoseo e invasión de los cuerpos de las mujeres por parte de los varones. En el caso del barrio de Santiago, donde se entrevistó además a mujeres de sectores socioeconómicos medio y alto, pudo observarse que a medida que sube el estrato socioeconómico, aumenta el miedo a ser tocadas por desconocidos; uno de los grandes temores que manifestaron las mujeres provenientes de hogares de ingresos altos, es ser agredidas sexualmente.

Otro motivo para no hacer las denuncias ante las agresiones de carácter sexual es la desconfianza en la policía para resolverlo: “De todos modos no habría pasado nada.” La segunda razón más frecuente para no presentar denuncias tiene que ver con el temor a las represalias. Como señalaba una entrevistada en el barrio Lisboa, la mayor parte de los delitos ocurre al interior del barrio o frente a la casa, y cuando se conoce a varios de los agresores, el nivel de riesgo por represalias es bastante alto. “Estamos en un país donde si uno abre la boca es el próximo”, expresó una de las entrevistadas al profundizar acerca del fenómeno de no denuncia.

Reflexiones finales

En relación con los hallazgos del estudio

Los tres barrios estudiados presentan desde su origen grandes similitudes, que inciden en las problemáticas actuales vinculadas a la violencia. Las personas que residen en ellos están conscientes de su permanente exposición a ser víctimas de diferentes delitos. Y esta percepción de inseguridad guarda relación muy estrecha con los niveles de victimización *reales* en relación con delitos de alto impacto, un alto porcentaje de los cuales sucedió en el barrio mismo o en otra parte del entorno cercano,

En escenarios en los cuales la percepción de inseguridad se basa en gran parte en las afectaciones provocadas por delitos de alto impacto, la violencia basada en el género es poco reconocida, y su importancia se subordina al concepto tradicional de violencia asociada a la delincuencia y la criminalidad. En tales casos, se refuerza una situación negativa: la naturalización de la violencia hacia las mujeres y la inexistencia de políticas públicas específicas restringen su uso del espacio público y su posibilidad de generar proyectos que le permitan mayor autonomía.

Una alta proporción de la población de los tres barrios estudiados se siente insegura en su entorno. En el barrio Hipotecario de Rosario y en el barrio Lisboa de Bogotá, esta percepción está más generalizada entre los hombres que entre las mujeres, a diferencia de lo que ocurre en el barrio Santiago de Nueva Extremadura, de Santiago. Los

factores generadores de inseguridad se encuentran fuertemente asociados a la acción de las pandillas y al consumo de drogas y alcohol. Sin embargo, las personas tienen sentimientos encontrados con respecto a su barrio: la mayoría de ellos y ellas, tan pronto expresan sus deseos de salir de él como de sentir en ese barrio una pertenencia y lugar de ayuda solidaria.

Es interesante prestar atención al concepto de barrio que prevalece en los tres lugares: para los residentes, es un lugar muy importante en el desarrollo de sus vidas; y aunque hostil en algunas ocasiones, les da más seguridad que otros lugares de la ciudad. Para muchas mujeres, constituye un referente fundamental de vida; es el caso encontrado en el barrio Hipotecario de Rosario, donde varias mujeres nunca habían salido de él.

Este papel fundamental del barrio en la vida de sus habitantes se relaciona con que es un lugar en que pueden satisfacer distintas necesidades en forma solidaria, situación que va decreciendo a medida que aumenta el nivel socioeconómico de los barrios. Ello pudo comprobarse en los grupos de discusión realizados en Santiago en sectores más acomodados. El concepto de barrio se va diluyendo en los sectores medios, donde aún se pueden identificar algunos rasgos de apoyo y ayuda entre sus habitantes. En el sector más acomodado, las mujeres ni siquiera saben quiénes son sus vecinos, ya que la seguridad y los servicios de cuidado que constituyen una fuente de convivencia y ayuda solidaria en otros barrios, en este caso son adquiridos en el mercado, con empresas privadas de seguridad o servicio doméstico. Muchas mujeres declararon que no recordaban haber caminado por las calles de su barrio, ya que salen y entran en auto desde y hacia el interior de sus casas y no necesitan salir con sus hijos, ya que cuentan con jardines, piscinas y juegos al interior de su propiedad.

Al temor por la propia inseguridad de las mujeres de los tres barrios, se suma el miedo a que alguno de los miembros de su familia sea victimizado o, fundamentalmente en el caso de los hijos e hijas, que caigan en las redes del microtráfico, el alcohol, o sean atraídos por las pandillas. Esta es una constante, que muestra el papel que desempeñan las mujeres en el cuidado de los miem-

bros del hogar, asociado a su rol reproductivo. Tal hallazgo confirma nuestra hipótesis acerca de que el temor diferenciado por sexo en relación con la violencia tiene su origen en la distinta ocupación de los espacios públicos entre los sexos, originada, a su vez, en los roles diferenciados de unos y otras.

Como un hecho derivado de la división sexual de roles, las mujeres asumen la responsabilidad del cuidado del hogar y de sus miembros. Para los varones, con una mayor representación en la fuerza de trabajo, el barrio es el lugar donde llegan a dormir y descansar; para la mayoría de ellos, el uso del espacio es más limitado, circunscribiéndose al trayecto desde el hogar al trabajo en la mañana y viceversa en la noche, actividades de esparcimiento nocturnas y de fines de semana. Son los varones de más edad —muchos de ellos ya inactivos— los que aumentan el uso del espacio público y muestran diferencias importantes en sus percepciones del temor, más semejantes a las de las mujeres. Por este motivo, es importante hacer notar que el examen de estos resultados, segmentados por edad, entrega una confirmación a la hipótesis inicial.

La creencia masiva, tanto de hombres como de mujeres, de que serán víctimas de un delito provoca demandas generalizadas ligadas a aumentar las fuerzas policiales y/o de seguridad urbana y estigmatizar a determinados grupos. Sin embargo, también es posible observar que existe una clara conciencia en cuanto a que es necesario desarrollar políticas preventivas, sobre todo hacia los y las jóvenes. Al respecto, se presentan algunas diferencias entre ambos sexos: en una mayor proporción, los hombres parecieran atribuir la delincuencia a limitaciones para acceso a empleo (estableciendo una relación fuerte entre pobreza y delincuencia), mientras que las mujeres dan un mayor peso al desarrollo de programas de educación en las escuelas y colegios, privilegiando la acción sobre elementos preventivos.

Por otra parte, en los tres barrios se hace visible la relación que están estableciendo las personas entre la juventud y la criminalidad. En los grupos, las mujeres orientan sus propuestas y acciones posibles de realizar fundamentalmente al desarrollo de actividades sociales,

culturales y recreativas, apuntando fuertemente a la juventud como beneficiaria de tales iniciativas.

Existe la percepción mayoritaria de que la acción de la justicia y del Estado es muy limitada; y que los sistemas de prevención, atención y sanción de los delitos son muy ineficaces, lo cual incide directamente en un bajo nivel de denuncias. A su vez, esta omisión afecta a las propias políticas e intervenciones que puedan hacerse en estos barrios, ya que no se está dando cuenta de los verdaderos niveles de violencia existentes. Esta subrepresentación de las denuncias es aún más crítica en relación con los delitos sexuales, pero en particular respecto de aquellas agresiones hacia las mujeres que, sin constituir delito, inhiben fuertemente el ejercicio de su derecho ciudadano a circular con tranquilidad por su propio barrio. En tales casos, la tasa de denuncia es muy baja y las razones que esgrimen para no presentar la denuncia tienen que ver principalmente con la percepción de inoperancia de la justicia, aun en el caso de ataques físicos violentos. En tales ocasiones, la actitud más frecuente entre las mujeres es confrontar al agresor o solicitar ayuda a personas que pasan por el lugar donde ocurren los hechos.

Lo que es más grave aún es que, en algunos casos, las mujeres asumen el discurso social que las responsabiliza de la violencia vivida por no tomar las precauciones necesarias frente a hechos de robos, manoseos o groserías, señalando que depende de ellas mismas el evitar situaciones de violencia en el espacio público.

Las mujeres, más que los hombres, sienten que la violencia en sus barrios afecta directamente su calidad de vida. Muchas han debido cambiar su estilo de vida, y se ven más afectadas que los hombres en la prosecución de sus estudios o en la decisión de trabajar remuneradamente.

En cuanto a las propuestas para afrontar la inseguridad en los barrios, las mujeres insisten en la necesidad de fortalecer y revitalizar las asociaciones barriales, como posibles espacios de integración y de trabajo con los/as jóvenes, con las mujeres, con los/as niños/as y con las familias en general. Proponen el fortalecimiento de los lazos de solidaridad entre los/as vecinos/as, como manera de encarar el tema de la inseguridad y la violencia.

Consideran que, con excepción del incremento de la acción policial, las acciones desarrolladas por las municipalidades tienen un bajo nivel de efecto real sobre las condiciones de seguridad de los barrios. Solo en el barrio Hipotecario, de Rosario, mencionan como importante la difusión de los recursos tanto del gobierno local como de las organizaciones sociales para abordar las situaciones de violencia que viven las mujeres.

En relación con las políticas de seguridad pública

No hay políticas públicas que atiendan el tipo de violencias que describen las mujeres de los barrios del estudio. Esta afirmación surge tanto de la investigación cuantitativa y cualitativa realizada, como de las entrevistas efectuadas en los barrios en que se incluyeron agentes públicos relacionados con el tratamiento de la violencia a nivel local.

Sin embargo, las políticas públicas pueden tener un fuerte impacto en la vida cotidiana de las mujeres y en las dinámicas de poder que las afectan. Las políticas públicas deben ser el Estado en acción, el conjunto de decisiones que los actores estatales toman (u omiten) a fin de atender un problema particular. Constituyen la forma privilegiada de las relaciones entre el Estado y la sociedad; de ahí su importancia en cuanto a cómo construyen el problema y cómo lo abordan. Según lo señalado, hay limitaciones e inseguridades en la vida urbana relacionadas no solo con las dificultades socioeconómicas, culturales y políticas, sino también con las persistentes asimetrías entre mujeres y hombres, que están en gran medida naturalizadas.

Finalmente, es necesario reiterar que la violencia urbana tiene una connotación diferente para hombres y mujeres, la cual está construida culturalmente. Por tanto, es necesario implementar políticas y programas que recojan las singularidades de las demandas que las mujeres expresan en materia de violencia e inseguridad en sus barrios. Particularmente, una política pública de seguridad ciudadana o pública debería tomar en consideración el impacto diferenciado de la violencia y el delito en mujeres y hombres, relacionado con su uso diferenciado del espacio público. De otra manera, mientras no se consideren estas diferencias, seguirán profundizando la brecha entre hombres y mujeres, limitando su desarrollo en diversas áreas de su vida, y sus derechos a disfrutar la ciudad.

